

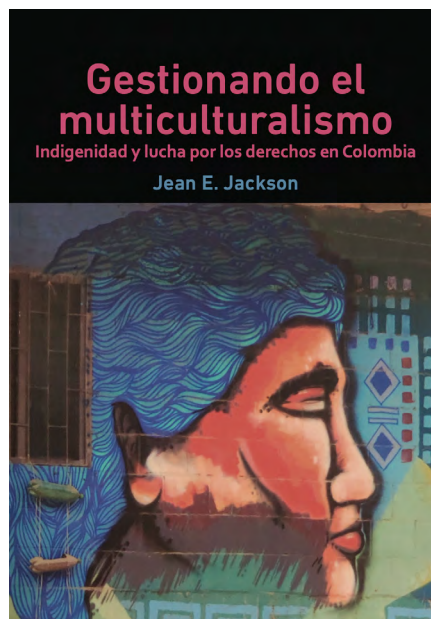


R e s e ñ a

El problema de lo “indio” en la era posneoliberal. Reseña del libro: *Gestionando el multiculturalismo. Indigenidad y lucha por los derechos en Colombia*, de Jean Elizabeth Jackson¹

Sofía Botero Páez

Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Colombia. Dirección electrónica: sofia.botero@udea.edu.co



- 1 Primera edición publicada en 2019 por la Universidad de Stanford, California. La referencia directa al número de páginas corresponde al libro que se reseña, publicado en 2020 por la Universidad del Rosario, Bogotá.



El primer choque total entre lo antiguo y lo moderno tal vez haya sido el de los indios de América frente a los europeos. Los indios fueron vencidos, conquistados, destruidos o asimilados; rara vez las variadas formas del imperialismo y del colonialismo en el siglo XIX y comienzos del XX llegaron a efectos tan radicales. Las naciones alcanzadas por el imperialismo occidental, cuando habían preservado más o menos su independencia, eran llevadas a plantearse el problema de su atraso en ciertas áreas. La descolonización que siguió a la Segunda Guerra Mundial permitió a las nuevas naciones afrontar a su vez este problema (Le Goff, [1977] 1995:161).

Este libro, escrito por una antropóloga quien define su relación con Colombia como una “historia de amor” que comenzó en 1968, logra presentar a través de la trayectoria intelectual de Jean Jackson los más relevantes hitos de la historia del país en los que la autora fue, de distintas maneras, testigo excepcional. La bibliografía y el extenso listado de personas a quienes agradece su amistad y colaboración académica explican el alcance y los énfasis temáticos que articulan su trabajo, y hacen que el libro sea útil para aquellos que comienzan sus estudios en el marco de las ciencias sociales. Al dar cuenta de las muy complejas relaciones y lógicas que viven quienes, a partir de la segunda mitad del siglo XX, se empeñan en que se les reconozca como sujetos históricos descendientes de ancestros prehispánicos, el libro ofrece a las personas formadas en antropología una larga serie de temas, problemas e información que es necesario retomar, contrastar, actualizar e investigar.

La historia de los movimientos indígenas de la que se ocupa Jean Jackson comienza, *grosso modo*, en la década del cuarenta del siglo XX y se desarrolla en el contexto de “un conflicto armado interno de medio siglo”. La génesis de su interés es reveladora: considerando que en Colombia los indígenas apenas representan el 4% de la población total —menor que en cualquier otro país americano— y que en los años noventa se convirtieron “en propietarios colectivos de casi el 30% del territorio nacional”, su pregunta es: “¿Por qué se convirtió la movilización indígena en el movimiento social más vocal y poderoso de Colombia?” (p. 250). Parte de la respuesta la encuentra en las condiciones políticas y sociales que adquieren enorme relevancia con la promulgación de una nueva Constitución Política, con la cual el país se declaró en 1991 como pluriétnico y multicultural.²

Es necesario destacar que la autora registra información tomada de resultados de investigación, entrevistas, periódicos, programas de televisión, discursos, sermones y numerosas notas extraídas de sus diarios, en las que no solo describe las situaciones que observa, sino que también registra, de manera cruda y honesta,

2 De la importancia del tema y de los muy distintos problemas que planteó la Constitución Política de 1991 dan cuenta numerosas publicaciones del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH); en relación directa con las problemáticas que interesan a Jackson son de señalar las compilaciones de Chaves Chamorro (2011) y de Saade Granados y Correa Rubio (2019-2020).

sus propios puntos de vista en circunstancias en las que hubiera sido indispensable “tener piel de cocodrilo” para no sentirse política, moral y éticamente interpelada:

Descubrí que la estructura social tradicional de los tukanos enfrentaba nuevas amenazas en las décadas de 1970 y de 1980. Irónicamente, algunas de estas amenazas resultaron de los esfuerzos del CRIVA para defender la cultura indígena usando modelos foráneos al Vaupés. En este nuevo espacio político en el que los activistas insistían en el derecho a la diferencia, se estaba desarrollando un nuevo concepto de indigenidad. Mi deseo de comprender estos cambios me llevó inexorablemente a ampliar mi campo de análisis para abarcar al movimiento indígena colombiano en su conjunto. También se hizo cada vez más claro que el Vaupés se estaba volviendo inseguro debido a la expansión del narcotráfico en la región. De todas formas, regresé en 1989, 1991 y 1993, pero mi creciente preocupación por la seguridad en la región me impidió regresar después de esas fechas. En consecuencia, mientras que los primeros capítulos de este libro tratan de Vaupés, los últimos saltan al nivel nacional (p. xxx).

Para la investigadora resulta determinante el entendimiento de la importancia que tiene en la cuenca amazónica la *exogamia lingüística*, la cual, a pesar de que desmiente “todo tipo de suposiciones” sobre la organización social indígena, “ha causado confusión constante entre los funcionarios oficiales, misioneros, académicos y aun entre miembros de pueblos indígenas ajenos a la familia lingüística tukanoano. Por su parte, los misioneros católicos trabajaron abiertamente para socavar el sistema” (pp. xxviii-xxix). El “caso” de los nukak determina, en últimas, su derrotero intelectual trazado por Jackson; las hondas repercusiones de este episodio se relatan con detalle en los capítulos 2 y 3, ofreciendo información que fue soslayada en los análisis de los expertos, en los periódicos y noticiarios:

El lector recordará que empecé la introducción de este libro describiendo lo que le sucedió a un grupo de indígenas nukaks cazadores-recolectores, presuntamente no contactados que en 1988 apareció repentina y desesperadamente a las afueras de Calamar, un pequeño asentamiento en el departamento del Guaviare.

[...] Los informes de los medios de comunicación sobre su dramática emergencia de la selva enfatizaron la cálida bienvenida que les brindaron los residentes de Calamar a los visitantes, refiriéndose a ellos como pacíficos, bondadosos, curiosos, sensibles, felices y amigables. Los residentes crearon comités para buscarles alojamiento y proporcionarles comida, vestido y protección. Prácticamente todas las organizaciones cívicas (comités de acción comunal, sindicatos, el Comité de Deportes, el Club de Prostitutas) se involucraron y cada una presentó propuestas para tratar con los visitantes.

La razón por la cual el grupo decidió darse a conocer en ese momento no se hizo evidente hasta más tarde, cuando se supo que habían estado huyendo del castigo impuesto por un espíritu que les había enviado un “dardo mágico”, llamado “gripe”. Unos llaneros invocaron este espíritu porque una familia nukak había secuestrado a un niño blanco de dos años en represalia por el secuestro de un nukak [...].

Las autoridades de Calamar decidieron que, a pesar de la cálida bienvenida, los nukaks no podían quedarse. Aunque eran notablemente expertos en imitar los gestos y el habla

de los blancos, no podían comunicarse con nadie y algunos parecían estar deprimidos, especialmente las mujeres que se quedaban detrás en sus hamacas mientras sus hijos iban de visita. [...] En abril de 1989, veintiséis nukaks fueron trasladados a Mitú por avión, y un video muestra cómo fueron recibidos por una multitud en el aeropuerto y llevados al hospital donde fueron examinados y tratados. Luego fueron llevados a Wacará y lo que sucedió allí sigue siendo un misterio, pero después de quince días pidieron regresar a Mitú. Las autoridades de Mitú y Bogotá no tenían idea alguna sobre qué hacer a continuación y el grupo permaneció allí hasta el 28 de mayo.

Yo llegué a Mitú en julio [...] (pp. 98-103).

Importa subrayar que la autora no menciona las sonoras repercusiones que tuvo esta noticia en los medios internacionales y, particularmente, entre los arqueólogos, quienes llamaron la atención sobre la condición de los nukak como representantes de tiempos pretéritos —en términos de miles de años— logrando incluso que se incluyeran en la lista de poblaciones en riesgo de extinción (Ardila y Politis, 1992; Politis, 1996), con ideas que hoy tienen plena vigencia e incluso resultan “ejemplarizantes”:

Tal vez el lector recuerde otra trágica historia: hace cerca de 40 años, los nukak vivían como cazadores-recolectores en la selva del Guaviare, pero, a medida que se incrementó el contacto con los colombianos, cerca de la mitad de la población falleció y hoy buena parte de ellos deambula por los poblados de colonos, algunos dedicados, muy a su pesar, a las actividades que la “civilización” les ha traído: el alcoholismo y la prostitución [...].

Una anécdota sobre los nukak me ayuda a explicar el problema del cual estoy hablando. Cuando ellos salieron de la selva, su modo de vida comenzó a cambiar rápidamente gracias a su contacto con los “civilizados”. Cambiaron tanto que, en algún momento, se les consideró iguales a los pobres de las grandes ciudades, y se decidió, seguramente con la mejor intención, darles ayudas. Pero las buenas intenciones se encontraron con una dura realidad, porque nadie en la comunidad nukak podía reclamar, legítimamente, el derecho o la responsabilidad de ser la persona encargada de administrar el bien común. Simplemente no había un individuo que estuviera en posición de mandar sobre los demás, y, como resultado, los auxilios no pudieron entregarse por un buen tiempo, hasta que en la propia comunidad surgieron líderes con atribuciones antes desconocidas. Los nukak simplemente se habían negado por un tiempo a tener jefes permanentes que decidieran por ellos. Tan solo el 3 de marzo de 2021, cuando estaba terminando de escribir este libro, el periódico *El Tiempo* publicó, en primera página, que finalmente un joven indígena de 33 años había sido elegido por la comunidad como representante legal para administrar los recursos que el Estado no había podido desembolsar.

Muchas sociedades indígenas hicieron lo mismo que los nukak por miles de años, aunque otras fueron por un camino diferente también hace mucho tiempo (Langeback, 2021: 15; 307-308).

Las perspectivas teóricas que guían a la autora se presentan en 20 de las 38 páginas de la introducción. En términos de *palabras clave* presenta los bemoles del uso y los contenidos de los conceptos de identidad, multiculturalismo, neoliberalismo

y cultura. Ante la vastedad polisémica que tienen las distintas ideas articuladas a la palabra *cultura* y el “temido esencialismo” que se critica en la actualidad (p. xxxiii), Jackson opta por retomar soluciones no menos difíciles de manejar. La fecha de las adopciones terminológicas y las entidades que las promulgan contextualizan bien el problema que se pretendió resolver:

En 1991, el Banco Mundial adoptó la siguiente definición de indigeneidad. Los pueblos indígenas pueden identificarse en determinadas zonas geográficas por la presencia en diversos grados de las siguientes características: a) un estrecho apego a los territorios ancestrales y a los recursos naturales de estas zonas; b) la autoidentificación e identificación por parte de otros como miembros de un grupo cultural distinto; c) una lengua indígena, a menudo diferente de la lengua nacional; d) presencia de instituciones sociales y políticas consuetudinarias y e) producción orientada principalmente a la subsistencia.

Los términos “pueblo indígena”, “indígena” e “indigeneidad” se entienden más comúnmente para referirse a las minorías tribales o en peligro de extinción que sufren desventajas políticas, culturales, legales o económicas que no son soportadas por los sectores mayoritarios de sus países (WordPress).

El particular interés de Jackson por los asuntos relacionados con la indigeneidad y la autorrepresentación en escenarios de reindigenización son ampliamente presentados en el capítulo 5, titulado *La reindigenización y sus desencantos*, y en sus conclusiones, en términos de *Ironías y contradicciones de la indigeneidad* (pp. 197-272). Citando a Joane Nagel (1997), la autora reconoce que si bien se trata de situaciones que podrían incluirse en el análisis de procesos de revitalización, renovación, revisión, recuperación y restauración cultural, en la práctica este tipo de iniciativas se convierten en campos minados ante la imposibilidad de que los implicados presenten certificados de autenticidad. Las experiencias de la antropóloga le permiten concluir que “La política y la cultura (indígena) forman una extraña pareja, ya que se garantiza una convivencia incómoda” (p. 265).

En el libro de Jackson la palabra *performance*, sin traducción o comentarios, aparece con relativa frecuencia; siempre en cursiva y en contextos en los cuales se infiere que se trata de la actuación, la representación o la interpretación teatral realizada por los indígenas ante interlocutores no indígenas. La idea de *aculturación* ha sido reemplazada por la palabra *indigenouness*, referida como el “grado de indigeneidad en términos de calidad y cantidad”, y usada para negar o permitir el acceso a recursos y derechos que otorga el Estado en el marco del “multiculturalismo neoliberal”. Es de resaltar que a la autora no se le escapan los determinantes históricos y las contradicciones que implica la terminología aplicada:

Esto no quiere decir que no persistiera el viejo discurso que caracterizaba a los indígenas como salvajes, supersticiosos, sucios e ignorantes. El diálogo contencioso entre los extremos de inclusión y denigración en Colombia y en otros países se puede ver en la trayectoria de la palabra *indio*. Mientras se usa esta palabra en ciertos momentos en los textos académicos

y es usada —raramente y muy autoconscientemente— por los propios nativos, la palabra *indígena* se considera más adecuada, precisamente porque la fuerza negativa de *indio* sigue siendo muy poderosa. Es abrumadora la evidencia de que las poblaciones rotuladas como indios han interiorizado el estigma (p. 9).

Sin duda, reflejando las peculiaridades de la historia y la investigación en Colombia, los fenómenos del indigenismo y el mestizaje apenas se mencionan en el libro. En términos teóricos el asunto parece estar resuelto: “El indigenismo y el mestizaje fueron dos ideologías que sustentaron los proyectos de construcción de la nación durante los siglos XIX y XX en Colombia, así como en muchas partes de América Latina hasta el advenimiento del multiculturalismo” (p. 8). Sin embargo, la autora reconoce su importancia y hace una juiciosa comparación entre México y Colombia —que bien vale la pena retomar—. En suma, se trata de países en donde el proyecto indigenista fracasó, aunque no a causa de las grandes diferencias ideológicas en las que se implementaron las políticas:

Roberto Pineda anota que, a diferencia del discurso [indigenista] de México, basado en “el glorioso pasado azteca”, Colombia carece de un “fundamento étnico aborígen”. Tal como lo señala María Teresa Findji, “en la imaginación nacional [colombiana], los indígenas, prueba viviente de la situación colonial, existían solo como aquellos que habían desaparecido, aquellos que estaban a punto de desaparecer, o aquellos que pase lo que pase estaban condenados a desaparecer” (p. 6).³

No deja de sorprender que los problemas relacionados con la identidad resultan más claros cuando se ven en paralelo con la situación de los afrocolombianos y sus reivindicaciones. Por su parte, Jackson subraya la poca congruencia que existe en Colombia entre el número de personas y su representatividad: el 30% de los ciudadanos colombianos son de ascendencia africana y “una muy pequeña minoría, menos del 4% son indígenas”. En Estados Unidos aparece en los años sesenta lo que se denomina “política de la identidad”, directamente asociada al movimiento Poder Negro, el cual “puso en primer plano la identidad de una forma en que el movimiento por los derechos civiles como los de las mujeres, los indígenas de Norteamérica, los discapacitados y los gays y las lesbianas no lo había hecho” (p. xxxiii). Los problemas teóricos se renuevan ante la necesidad de reconocer específicamente una *negritud* (Wade, 2013, y Restrepo, 2013).

Al analizar la forma en que en la Constitución Política de 1991 se incluyó una perspectiva multiculturalista, Roberto Pineda Camacho (1977) evidenció problemas concretos que se viven en Colombia y sustentó la tesis de que, al tiempo que se dio una “valorización del mestizaje”, se aplicó “una política de blanqueamiento”. Las decenas de preguntas que Pineda planteó no han perdido ni un ápice de pertinencia.

3 Véanse Pineda (1997: 112; 2000) y Findji (1992: 113).

El meollo del asunto se encuentra en la pregunta: “¿Qué pasa con los grupos negros relativamente urbanizados de Bogotá, Barranquilla y Medellín?”. Jackson delinea el marco teórico y cultural del problema:

A diferencia de los indígenas urbanos, quienes pueden considerarse mestizos “que han dejado de ser indígenas”, los afrocolombianos urbanos conservan esa identidad sin importar dónde o cómo viven, ya que ellos se encuentran en el extremo racial de un continuo clasificatorio que pone la etnicidad en un extremo y la raza en el otro; mientras que los negros rurales del sector del Pacífico son ubicados más cerca del extremo de etnicidad de dicho continuo. Aunque el grado de indigenidad o *indigenouness* también está racializado, sus marcadores fenotípicos no están codificados de la misma manera, dado que solo en América Latina el proyecto colonial produjo una mayoría de personas mezcladas racial y étnicamente.

Con las excepciones parciales de Brasil, Chile y Argentina, la mayoría de los latinoamericanos “parecen” indígenas en un grado u otro y, en consecuencia, tal fisonomía no significa *indigenouness* de la misma manera que verse negro significa ser miembro o pertenecer a la categoría de afrodescendiente (pp. 42-43).

La renuencia al reconocimiento de la alteridad se presenta en todos los grupos sociales involucrados y se agudiza en conflictos por espacios territoriales, en los que, en primera instancia, se reivindica, se niega o se rechaza una *ancestralidad* de origen:

Ng’weno [2007: 432] señala que los afrocolombianos se encuentran ante un arma de doble filo, en el sentido de que a aquellos que reclamaban su diferencia cultural del resto de Colombia se les animó a que demostraran sus vínculos históricos con África, pero al hacerlo se vieron estigmatizados como extranjeros y, por consiguiente, excluidos de una plena membresía a la nación. [...] Los afrocolombianos locales, al rechazar una publicación que se distribuía sobre sus orígenes africanos, manifestaron que eran tan colombianos como los pueblos indígenas (p. 44).

El seguimiento a los medios de comunicación que presenta a los indígenas que participaron en la escritura y promulgación de la Constitución en 1991 le permite a Jackson concluir que algunos líderes “se convirtieron en el equivalente de las estrellas de rock” (p. 271). Sin embargo, la autora no actualiza la información para verificar que semejantes “logros” muy raramente, y por poco tiempo, pasaron la frontera del papel, y que, al contrario, su presencia en la realidad fue y es filtrada por los imaginarios que se develan en otro libro recientemente publicado: *Indios de papel. Aproximaciones a la novela de tema indígena en Antioquia* (Orrego Arismendi, 2020); ante el siniestro panorama que se reitera en las novelas, quien reseña este libro (Mächler, 2021) solo ve como opción que sean los indígenas quienes escriban. Sin información sobre el tipo de ¿literatura? que *ellos* deberían contraponer, quizás debiéramos ser nosotros quienes asumamos algún tipo de responsabilidad o de interés en el asunto; quizás abordando un terreno claramente inexplorado: nuestra propia historia cultural.

Considerando las fuentes con relación a lo indígena, a los indios, más allá de investigar el qué, quién, cómo y porqué, habría que tener en cuenta, sobre todo, los silencios, las ausencias, las reiteraciones, las interpretaciones, las analogías, las representaciones, los problemas de traducción, las acusaciones, en suma, las lógicas, las razones de nuestra razón. Porque hoy se repliegan en las ciudades, la pesquisa muy bien podría comenzar en 2022, con la ventaja de que ahora tenemos pleno acceso a la información que circula a través de los instrumentos electrónicos “digitales”.

Referencias bibliográficas

- Ardila Calderón, Gerardo y Politis, Gustavo (1992). “La situación actual de los nukak”. En: *Revista de la Universidad Nacional*. Bogotá, vol. 8, N.º 1, pp. 2-6.
- Chaves Chamorro, Margarita (comp.) (2011). *La multiculturalidad estatalizada. Indígenas, afrodescendientes y configuraciones de Estado*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Bogotá.
- Findji, María Teresa (1992). “From resistance to social Movement: The Indigenous Authorities movement in Colombia”. En: Escobar, Arturo y Alvarez, Sonia (eds.). *The making of social movements in Latin America: Identity, strategy, and democracy*. Routledge, Nueva York, pp. 112-133.
- Jackson, Jean Elizabeth (2001). “Treinta años estudiando el Vaupés: Lecciones y reflexiones”. En: Franky, Carlos y Zárate, Carlos (eds.). *Imani mundo: Estudios en la Amazonía colombiana*. Universidad Nacional de Colombia, sede Amazonía, Leticia, pp. 373-396.
- Jackson, Jean Elizabeth (2020). *Gestionando el multiculturalismo. Indigenidad y lucha por los derechos en Colombia*. En: Klatt, Andrew y Ramírez, María Clemencia (trads.). Editorial Universidad del Rosario, Bogotá.
- Langebaek, Carl Henrik (2021). *Antes de Colombia. Los primeros 14.000 años*. Editorial Debate, Bogotá.
- Le Goff, Jaques ([1977] 1995). *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Ediciones Altaya, Barcelona.
- Mächler Tobar, Ernesto (2021). “Reseña del libro *Indios de papel. Aproximaciones a la novela de tema indígena en Antioquia*, de Juan Carlos Orrego Arismendi”. En: *Boletín de Antropología*. Medellín, vol. 36, N.º 62, pp. 165-171.
- Nagel, Joane (1997). *American Indian Ethnic Renewal: Red Power and the Resurgence of Identity and Culture*. Oxford University Press, Nueva York.
- Ng’weno, Bettina (2007). “Can Ethnicity Replace Race? Afro-Colombians, Indigeneity and the Colombian Multicultural State”. En: *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, vol. 12, N.º 2, pp. 414-440.
- Orrego Arismendi, Juan Carlos (2020). *Indios de papel. Aproximaciones a la novela de tema indígena en Antioquia*. Fondo Editorial FCSH, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Pineda Camacho, Roberto (1997). “La constitución de 1991 y la perspectiva del multiculturalismo en Colombia”. En: *Alteridades*. México, vol. 7, N.º 14, pp. 107-129.
- Pineda Camacho, Roberto (2000). *El derecho a la lengua. Una historia de la política lingüística en Colombia*. Universidad de los Andes, Bogotá.
- Politis, Gustavo Gabriel (1996). *Nukak*. Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas (sinchi), Leticia.

- Restrepo, Eduardo (2013). *Etnización de la negritud: la invención de las “comunidades negras” como grupo étnico*. Editorial Universidad del Cauca, Popayán.
- Saade Granados, Marta y Correa Rubio, Francois (eds.). (2019-2020). *Reconfiguraciones políticas de la etnicidad en Colombia. Pueblos indígenas*. 2 tomos. ICANH, Bogotá.
- Wade, Peter (2013). “Definiendo la negritud en Colombia”. En: Restrepo, Eduardo (ed.). *Estudios afrocolombianos hoy: aportes a un campo transdisciplinario*. Editorial Universidad del Cauca, Popayán, pp. 21-41.
- WordPress. *Indigeneity, Language and Authenticity*. [En línea:] <https://johansandbergmcguinne.wordpress.com/official-definitions-of-indigeneity/>. (Consultado el 20 de septiembre de 2022).



DEPARTAMENTO
DE ANTROPOLOGÍA

